

LOS COMPACUENTOS



LOS COMPAS

Y EL LOBO FEROS



**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

mī

LOS COMPACUENTOS

LOS COMPAS
Y EL LOBO FERROZ

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

m̃r

ÍNDICE

1. Un mandado inesperado, 6
2. Los atajos siempre terminan en sorpresas desagradables, 18
3. La amenaza feroz, 30
4. Encuentro de viejos amigos, 40
5. ¡Atrapados en un lodazal!, 50
6. Tratando de orientarse por el bosque, 64
7. ¡Unas goteras de campeonato!, 76
8. ¡El *build battle challenge*!, 86
9. ¡Que viene el lobo!, 98
10. Unos pulmones extraordinarios, 110
11. Salvados por un... ¿palo?, 122
12. Una casa a prueba de intrusos, 134
13. ¡Por aquí tampoco se entra!, 146
14. Por las chimeneas no solo baja Papá Noel, 162
15. ¿Quién será el ganador del concurso?, 172
16. Tus deseos son órdenes, 184
17. Jugando a los disfraces, 196
18. ¡Oh, no! ¡El lobo ha entrado!, 206
19. Un interrogatorio de andar por casa, 218
20. No juzgues un libro por su portada, 230



UN MANDADO INESPERADO

Era un día de verano, uno de esos en los que el sol calienta con tanta fuerza que hasta las rocas parecían a punto de deshacerse, y los Compas ya no sabían qué más hacer. Habían probado de todo para protegerse del calor: ponerse a la sombra del frondoso árbol que crecía junto a la valla del jardín, mojarse con la manguera del garaje, comer helados e incluso colocarse un hielo en la nuca, pero nada. El sofocamiento que hacía en el patio trasero de la casa de Timba era tan insoportable que Mike, Trolli y el propio Timba se estaban volviendo locos.





—¡Esto es horrible! —exclamó el Compa mientras se secaba el sudor de la frente con su camisa llena de dibujos de tréboles—. ¡Como esto siga así, se me van a derretir hasta las ideas!

—¡Ni me lo digas! —admitió Trolli, dejando el periódico que estaba leyendo sobre la mesa del jardín y abanicándose con las manos—. ¡El sol cae con tanta fuerza que podría cocinarse un huevo frito sobre mi cabeza!

—¿Huevo frito? ¿Alguien ha dicho «huevo frito»? —exclamó de repente Mike, levantando la cabeza por detrás de un seto.

—¡Ja! Ya me parecía a mí que estabas tardando demasiado en aparecer —rio su amigo divertido—. En cuanto alguien nombra una comida, tu oído la detecta.



—Así es —confirmó el perro, no sin cierto orgullo por su excelente habilidad perruna—, pero hoy, si no os importa, os agradecería que no hablarais de comida. Tengo el estómago un poco sensible.

—¡No me extraña! ¡Esta mañana te has comido todas las petunias que mi madre había plantado en el jardín! —anunció Timba con tono jocoso.

—¡Si solo fuera por eso! —volvió a reír Trolli—. Yo lo que creo que le ha caído mal han sido los tres kilos de piedras que se ha zampado antes.

—¿Y qué me dices de la media docena de pelotas de tenis que había por el patio y que también ha desayunado? —agregó Timba.

—¡Vale, vale! —los interrumpió su amigo con rapidez—. ¡No hace falta que hagáis una lista de todos los



aperitivos que me he tomado hoy! Es que tenía mucha hambre.

—Ya, pero es que tu estómago es un pozo sin fondo —respondió Trolli mientras daba un sorbo a su café recién hecho.

—¿Y qué culpa tengo yo? —preguntó Mike, encogiéndose de hombros y poniendo cara de perro bueno—. Mi estómago no sabe lo que significa la palabra «atiborrarse». Además, debo decir en mi defensa que tanto las petunias como las piedras olían a tocino.

En ese momento, justo cuando Trolli iba a decirle a su amigo que era un glotón, la madre de Timba apareció en el jardín y se dirigió a su hijo.

—¡Timba, deja de desgastar la hamaca y levántate de una vez! ¡Tengo un mandado para ti!

—¿Mandado? Puf. No —se lamentó el Compa—. Odio los mandados porque suenan a trabajo. Y los trabajos suenan a obligaciones. Y las obligaciones suenan a esfuerzos. Y ya sabes, mamá, que a mí no me gusta esforzarme por nada, salvo si es para dormir, que entonces no me importa esmerarme a tope.

—Ya lo sé. Si por ti fuera, no harías otra cosa. Pero el caso es que necesito que vayas a casa de la abuela Hortensia —dijo la madre, poniéndose seria—. Resulta que le han salido unas goteras en el techo por culpa de la tormenta de la semana pasada y necesita ayuda para repararlas. Quiero que vayas a su casa y le des una mano.

—¿Ahora?